

CANTO QUINTO.

—o—

EL EXTERMINIO.

I

A la entrada del campo y llano extenso,
Por donde Guadalete se apresura
A dar al mar vecino humilde censo,
Entre adelfas, palmares y verdura ;
De huestes godas el concurso inmenso ,
Con las tinieblas de la noche oscura
Se detuvo, sentando sus reales
Sobre varias colinas desiguales.

II

De esparcidas fogatas los reflejos,
Que en el opuesto lado relucían,
Y de grande rumor confusos dejos,
Que el nocturno silencio interrumpían,
De que no estaba el enemigo léjos
A los caudillos godos advertían ;
Y á defender el campo cuidadosos
Con valladar atienden y anchos fosos.

III

Brilló la ansiada aurora en el oriente,
Y el gótico poder y el mahometano
Se encuentran acampados frente á frente,
Teniendo en medio el espacioso llano.
Ambos tocan al arma de repente,
Y la vaga region del viento vano
El son de trompas y añafles llena,
Y hórido tierra, y mar, y cielo atruena.

IV

La muchedumbre gótica contiene,
Si no asusta, á los árabes pendones :
De estos la fama y el valor detiene,
Y aun pasma á los hispanos escuadrones.
Ni el uno ni otro campo al llano viene,
Aunque uno y otro ordena sus legiones ;
Y largo tiempo en actitud guerrera,
Cada cual verse acometido espera.

V

Confusas voces alza el sarraceno,
Que cunden por las vegas y collados,
Como retumba pavoroso trueno
Entre los riscos de Pirene helados.
Hondo silencio de presagios lleno
Reina entre los hispánicos soldados,
Cual anunciando horrisona tormenta,
Calma pesada oscuro el aire ostenta.

VI

Pero Tarif, que la árabe grandeza,
De Muza en nombre, rige y acaudilla ;
Ordenando sus haces con destreza,
Y viendo el gran furor que en ellas brilla,
Las exhorta, y exalta su braveza
Empuñando la bárbara cuchilla ;
Y su tremenda voz sonó de suerte
Que pareció trompeta de la muerte.

VII

Añafiles, bocinas, atabales
La atmósfera purísima atronando,
Y el grito de las furias infernales
Arrojan á la lid al fiero bando.
El monarca español en sus reales
Venir las huestes áfricanas mirando,
A ordenar la falange se apresura,
Para bajar también á la llanura.

VIII

La custodia del campo donde deja
Su repuesto, sus tiendas, su tesoro
Y á su hermosa Florinda, á quien aqueja
Hondo pesar y despechado lloro ;
Encarga, en tanto que á lidiar se aleja,
Y á contrastar al denodado moro,
Al vil Vernulfo y al traidor don Opas,
Oh ceguedad ! con sus infames tropas.

IX

Y desde el carro de marfil y acero
De cortadoras hoces erizado,
Que con son de borrasca, mas ligero
Que cierzo volador, recorre el prado ;
De rico arnes, de claro reverbero,
Y de plumas y joyas adornado,
Cual era entre los godos uso antiguo, (7)
A sus huestes tambien habló Rodrigo.

X

Ya del acometer la seña dando,
Las numerosas haces precipita
Contra las tropas del contrario bando,
Que vienen á la lid con alta grita.
Nube de agudas flechas, que silbando
Cruzan de entrambas partes, la luz quita
Al sol, el viento gime, y la ancha tierra
Se estremece al bramido de la guerra.

XI

Cual de opuestas montañas se derrumban
Dos hinchados torrentes espumosos,
Y á los profundos valles, que retumban
Con su estruendo, despéñanse furiosos ;
Y allí sus aguas, que bramando zumban,
Revuelven, y confúndense hervorosos,
Alzando blanca niebla ; así corrieron,
Y así entrambas naciones se embistieron.

XII

Terrible fué el encuentro : parecía
 Que los montes riscosos y empinados,
 Llegado al universo el postrer día,
 Bajaban al abismo despeñados ;
 Y oyóse tal estruendo, cual se oiría
 Cuando, al ver sus cimientos quebrantados,
 Atlántida infeliz huyó del mundo,
 Tragándola voraz el mar profundo.

XIII

Nube densa de polvo al aire crece,
 Que cielo, tierra, mar borra y confunde :
 Cual relámpago el hierro resplandece,
 El rumor de la lid cual trueno cunde :
 ¡ Tal, cuando Marte atroz los embravece,
 Y su fuego Discordia les infunde,
 Y las insanas Furias los acosan,
 Tormentas contrahacer los hombres osan !

XIV

De las inmensas huestes de Rodrigo,
 Ya enardecidas en feroz combate,
 Aunque no son lo que en el tiempo antiguo,
 Y aunque sangre enveniciada en ellas late,
 Ni el poder ni el furor del enemigo,
 El renacido y noble aliento abate :
 ¡ Tanto el llamarse godo y ser de España,
 Honra da en la ocasion, esfuerzo y saña !

XV

De abisinios y negros etiopes
 Desbandadas escuadras, do campean
 Estaturas y esfuerzos de Ciclopes,
 Cercar el flanco gótico desean ;
 Y girando en carreras y galopes
 Casi lo desbaratan y rodean ;
 Pero detienen su gallarda furia
 Los leves hijos del florido Turia,

XVI

Que unidos á los diestros baleares,
 Cuyas hondas jamas el tiro erraron,
 Saliendo de unas quiebras y ramblares,
 Sobre ellos de improviso descargaron ;
 Y con flechas y piedras á millares
 A los bárbaros rudos destrozaron,
 Que el Nilo en sus riberas ve feroces
 Insultar á la luz con necias voces.

XVII

Cerrada y gruesa hueste de egipcianos,
 Con largas picas y luciente malla,
 Intenta penetrar de los cristianos
 El poderoso cuerpo de batalla ;
 Mas su teson y esfuerzo serán vanos,
 Que el godo cual fortísima muralla,
 Restos de la romana disciplina,
 El choque á resistir se determina.

XVIII

En el ala siniestra en tanto audaces
 Al gétulo y masilio caballero
 Del Bétis cargan las ecuestres haces,
 Cubiertas de armas de templado acero.
 Unos y otros resisten pertinaces ;
 Crece la llama del combate fiero,
 Y pretal con pretal, lanza con lanza,
 Terrible es de ambas partes la matanza.

XIX

El jóven Teudo con furor pelea,
 Y es su brazo ministro de la muerte :
 Un pezeño de Córdoba espolea
 Rugero, tan gallardo como fuerte.
 Aunque anciano, Tadmiro audaz rodea
 La aguda espada con dichosa suerte,
 Y á Moraicel, asombro del levante,
 Destrózale la adarga y el turbante.

XX

Malec asirio con Arnaldo cierra,
 Y con la cimitarra de Damasco
 (Que de temple mejor no entró en la guerra,
 Y que abriera un durísimo peñasco)
 Del alto potro le derriba en tierra,
 La pelta hendida y abollado el casco ;
 Mas con la tersa espada de Toledo
 Dió Ervigio noble fin á tal denuedo.

XXI

Abencerraj, tremendo, en otra parte
 La maza esgrime de nudosa encina,
 Y á los furiosos golpes que reparte,
 Las góticas escuadras extermina.
 Ni detenerle consiguiera Marte ;
 Pero Eurico, de fuerte coracina
 Vestido y de valor, á hallarle viene,
 Y con la pica su furor detiene.

XXII

Por donde el carro de Rodrigo pasa,
 No hay resistir, y rápido parece
 Bramador huracan que el monte arrasa,
 O llama que entre pinos se embravece.
 Por otra parte, cuanto encuentra, abraza
 De Tarif el alfanje, y resplandece,
 Como el rayo de Dios, cuando arruina
 Gigante torre ó colosal encina.

XXIII

Lago horrendo de sangre es la llanura,
 De armas y de cadáveres henchido ;
 Es todo Guadalete sangre oscura,
 Y de él se aleja el mar estremecido.
 Aun indecisa la batalla dura,
 Y en medio de los aires suspendido
 El ángel del Señor, pasmado ignora
 A quién lleva la palma triunfadora.

XXIV

Igual á cada parte el sol fulgente
 Cinco veces miró la lid reñida, (8)
 Hasta que al fin por la cristiana gente
 Vió á la ciega Fortuna decidida.
 Desmaya roto el áfrico valiente,
 Victoria el pueblo gótico apellida,
 Y en todos lados las lunadas colas
 Póstranse á las banderas españolas.

XXV

Entónces los intentos infernales,
 Que desde tiempo tanto Opas medita,
 Descubre; y á Vernulfo y sus parciales
 Primero arenga, y contra el rey excita:
 Despues en cuantos guardan los reales,
 El miedo siembra, la codicia irrita;
 Y cuando al robo y la traicion provoca,
 Tu nombre, ó santo Dios! suena en su boca.

XXVI

“ ¡ Así la sangre goda se pródiga,
 Para que intruso rey en torpes vicios,
 Manchando el nombre de los godos siga,
 Y cavándole nuevos precipicios?
 Nuevos; pues aunque el triunfo se consiga
 Despues de tan costosos sacrificios,
 España queda en brazos de la muerte,
 Africa entera, y ofendida, y fuerte.”

X XVII

“ De Dios el brazo sus invictas haces
 Ha conducido de la España al suelo;
 ¡ Por qué pues demostrarnos pertinaces
 Contra inmutable voluntad del cielo?
 Lograr podemos ventajosas paces,
 Y hacer menor de nuestra patria el duelo,
 A Rodrigo vicioso abandonando
 Y á cuantos siguen su ominoso bando.”

XXVIII

“ En medio de tan recios temporales
 Salud busquemos, y aun fortuna nueva:
 Grandes tesoros hay en los reales,
 De la avaricia de Rodrigo prueba.
 Pues sudor vuestro son riquezas tales,
 Y lo propio cobrar nadie reprueba,
 Tomádlas sin tardar, cobrádlas luego,
 Y el campo y valladar consume el fuego.”

XXIX

“ Estos soberbios pabellones ardan,
 Contra quien Dios pronuncia el anatema,
 Porque la causa vergonzosa guardan,
 Que nos ha puesto en la ocasion extrema.
 Qué?... aun piedad y respeto os acobardan!
 Yo os juro que de Dios la ira suprema
 Ministros de venganza os ha elegido:
 Incendiád este campo corrompido.”

XXX

“ Y volemós á unir nuestros pendones
 Con los del conde don Julian : el modo
 Es este de encontrar con las naciones,
 Que al cabo han de vencernos, acomodo.
 Sus fuertes y valientes escuadrones
 No se han movido contra el pueblo godo,
 Sí en ayuda del conde, á dar castigo
 A los crímenes torpes de Rodrigo.”—

XXXI

Dijo, y robado el campamento habían
 Las tropas de traidores roto el freno ;
 Y en desórden confuso descendían
 A dar auxilio al conde y sarraceno ;
 Y altas llamas las tiendas consumían
 Dejando el campo de clamores lleno,
 Cuando empezó á mostrarse la Fortuna
 Contraria á los pendones de la luna.

XXXII

Las huestes vencedoras que escucharon
 A su espalda el rumor y vocería,
 A inesperado ataque imaginaron
 Que nueva gente bárbara venía.
 Tornan, y cuando atónitos miraron
 La llama que su campo consumía,
 Su arrojo triunfador espanto mudo
 Vuélvese, y hielo su ímpetu sañado.

XXXIII

Nótanlo los vencidos musulmanos,
 Y aunque temen al ver en la llanura
 Nuevas huestes bajar de los cristianos ;
 Como el conde traidor los asegura,
 Alarido feroz alzan ufanos,
 Recobran luego su infernal bravura,
 Y mirando á su lado á los traidores,
 Tórnanse de vencidos vencedores. (9)

XXXIV

Ya no fué lid, fué bárbara matanza,
 Y exterminio y horror, y completarse
 De las iras celestes la venganza,
 Y el godo imperio en muerte desplomarse.
 Huye de toda Hesperia la esperanza,
 Ni ya de salvacion camino hallarse
 En el valor ó en la constancia puede,
 Que al Destino inmutable todo cede.

XXXV

Aun hay, aun hay, quien en furor ardiendo
 El nombre godo con teson mantiene,
 Y quien muerte á deshonra prefiriendo,
 Todo el poder de la Africa contiene.
 Donde Rodrigo asiste, allí el horrendo
 Combate encarnizado se sostiene,
 Mientras que los cobardes torpe muertos
 Hallan, huyendo en vano de la suerte.

XXXVI

¡ Mas quién es aquel jóven que el primero
 Con tal teson persiste en la batalla,
 Y contra el campo musulman entero
 Se ostenta, cual fortísima muralla?...
 Desde el principio del combate fiero
 Turbantes destrozando, hendiendo malla,
 Fué brazo de la muerte, y ahora ufano
 Ultimo apoyó del imperio hispano.

XXXVII

A un alazan fortísimo embravece,
 Que con feroz aliento el aura inflama :
 Su peto sol en el zenit parece,
 Sus ojos arden con celeste llama .
 Sobre su rico yelmo resplandece
 Claro lucero, que esplendor derrama,
 Y de su invicta espada en la cuchilla
 La hermosa luz de la esperanza brilla.

XXXVIII

Anhelosa le siguió á toda parte
 Con ojos que el dolor y el llanto empaña,
 Y sin que de él un punto los aparte,
 La sin ventura moribunda España.
 Tiembla de verle entre el furor de Marte,
 Aunque se goza al admirar su saña ;
 A él solo atiende en tan fatal desmayo :
 Ay, que es el gloriosísimo Pelayo !!!

XXXIX

Salve, hijo de Favila, á quien el cielo
 Destina á restaurar el nombre hispano :
 Hoy es el dia de exterminio y duelo,
 Y contrariar no puedes al arcano :
 El de reparacion y el de consuelo
 Brillará, y tu valor no será en vano :
 Guárdate, deja ya la lid perdida ;
 Que es de de la patria tu preciosa vida.

XL

Ni de Pelayo la invencible lanza,
 Ni del honrado Ervigio y de los buenos
 El tenaz resistir dan ya esperanza
 De atajar á los bravos sarracenos.
 Espantosa es de godos la matanza,
 De la tierra infeliz los hondos senos
 Empapados en sangre retemblaron,
 Ayes tristes los aires asordaron.

XLI

A los remotos mares de occidente
 El sol horrorizado descendía ;
 En calma estaba el abrasado ambiente,
 Nube cárdena el cielo oscurecía ;
 De tarde en tarde lampo refulgente
 El lejano horizonte confundía ;
 Bramaba sordo el retumbante trueno,
 De terrores el mundo estaba lleno.

XLII

La cuadriga del carro del monarca
 Anhelante no encuentra ya camino
 Sobre tantos despojos de la Parca,
 Que embarazan el eje diamantino.
 En sangre la falcada rueda encharca,
 Y el pesado timon de fuerte pino
 Rompe, y tropieza respirando espuma,
 Y en vano el crudo latigo la abruma.

XLIII

El llanto del despecho la faz moja
 Del triste rey. De la corona rica
 Y del soberbio manto se despoja,
 Salta del carro, y sangre le salpica :
 El cetro, que el Señor le quita, arroja :
 Furioso empuña una fornida pica,
 Monta en caballo que aventaja al viento,
 Y corre al incendiado campamento.

XLIV

Mas dónde, dónde va ?... Desventurado !
 Vuelve á morir, ó mísero Rodrigo.
 ¡ No ves que el crudo cielo está cerrado
 A toda compasion para contigo ?
 ¡ Juzgas que algun consuelo te ha dejado,
 Y contra su furor algun abrigo ?
 Aun no conoces tu tremenda suerte :
 Solo un remedio ya te resta, muerte.

XLV

Cuando ves desplomarse tu alto imperio,
 Y cómo te han vendido los traidores ;
 La flor y gloria del distrito hesperio
 Yacer muertas de Marte á los furoros :
 Tu patria en espantoso cautiverio,
 Y tu fama entregada á los horrores
 De eterna execración ; ¡ juzgas que el hado
 El consuelo de amor te ha conservado ?

XLVI

En su seno la dicha encontrarías,
 Al lado de Florinda, en el desierto,
 Sin echar ménos los pasados dias,
 De tosca piel y oscuridad cubierto ;
 Y aun dulcísimas horas gozarías,
 Sin temer de Fortuna el rostro incierto,
 Como sueños viniendo á tu memoria
 Vagos recuerdos de tu imperio y gloria.

XLVII

Vagos recuerdos, que el crisol ardiente
 De recíproco amor purificando,
 El desprecio traieran á tu mente
 De mundo, hombres, riquezas, gloria y mando :
 Y que un momento aun tu tranquila frente
 De tinta melancólica bañando,
 Te hicieran en el seno de tu hermosa
 Verter alguna lágrima preciosa.

XLVIII

Del campo el fuego ya casi extinguido,
Al monarca infeliz fatal señuelo,
Preside entre fragmentos esparcido
A las venganzas últimas del cielo.
Ya han los feroces moros recorrido
Las cenizas y restos de aquel suelo,
Y entre troncos y telas abrasadas
Aun cebado sus bárbaras espadas.

XLIX

Allí queda ya solo el conde fiero,
Que de su horrendo crimen abrumado,
De la llama al reflejo postrimero
Las ruinas recorre ensangrentado ;
Y entre tanto cadáver, que el acero
Y el incendio voraz han destrozado,
Nuevas de su hija inquiere sin provecho,
Agotando la copa del despecho.

L

Tal de tirano vil sombra sangrienta,
Entre sepulcros que pobló su ira,
Al lampo aterrador de la tormenta,
Acaso en la espantosa noche gira.
Allí del exterminio aun se alimenta,
Y sangre y rabia aun con furor respira ;
O allí privada del descanso eterno
Apura los suplicios del infierno.

LI

Don Julian con ojos centellantes
Del regio pabellon ve la ruina,
Y sus muertas cenizas humeantes
Angustioso revuelve y examina
Entre cuerpos ha poco palpitantes,
Y entre espantables bultos imagina
Ver el cadáver de una hermosa dama,
Cuya cabeza consumió la llama.

LII

Pasmásele la sangre, y confundido
Sus miembros de sudor inunda helado ;
Y tiembla, y pierde fuerzas y sentido,
Yerto el cabello, el corazon ahogado.
Aunque á saber no acierta quién ha sido
Aquel cuerpo infeliz medio quemado,
Conmocion horrorosa su alma agita,
Y gimiendo sobre él se precipita.

LIII

Hallarse allí con Julian pudiera
El infeliz Rodrigo, si ya el cielo,
Ablandado tal vez, no le opusiera
Piadoso estorbo á su engañado anhelo ;
Pues ya casi en los límites se viera
De aquel fatal y desastroso suelo,
Cuando escuadron de infiles sobrevino,
Que le embiste, atajándole el camino.

LIV

Aunque incógnito y solo allí se mira,
 Y sin mengua fugarse puede acaso,
 No olvida que fué rey ; y ardiendo en ira,
 Trata de abrirse con las armas paso.
 A llegar á sus tiendas solo aspira,
 Que aun humo esparcen por el aire raso ;
 Y al potro acosa con la aguda espuela,
 Alto el escudo, en ristre la arandela.

LV

Mas, ay ! que es uno, los contrarios ciento,
 Y ni paso ni fuga encontrar puede.
 Revuelve á todos lados con aliento,
 Y en constancia y valor ni un punto cede.
 Aunque su decision y su ardimiento
 Al de un oscuro caballero excede,
 No acierta que combate con Rodrigo,
 Y le cerca y le estrecha el enemigo.

LVI

Mas como allá en el circo sevillano
 Suele un toro retinto, cuando advierte
 Que la vida salvar intenta en vano,
 Cara vender la inevitable muerte ;
 Y embiste audaz al peloton galano
 De hombres y de caballos, de tal suerte
 Que de sangre y despojos la ancha arena,
 Y de terror al gran concurso llena ;

LVII

Fin glorioso el monarca así buscando,
 Vibra y revuelve la nudosa lanza,
 Y potros y ginetes arrollando,
 Muestra hasta dónde su denuedo alcanza.
 Dos, cuatro, seis infieles derribando,
 De los demas enciende la venganza,
 Que armas diversas con furor esgrimen,
 Y le estrechan, le atajan y le oprimen.

LVIII

Resiste en vano el despechado godo,
 Hasta que aun mas que herido, fatigado,
 Pierde el arzon, y en el sangriento lodo
 De fuerzas y sentidos cae privado ;
 Así vencido y destrozado todo
 El bárbaro escuadron, apresurado
 De Guadalete las riberas deja,
 Y su hueste á buscar veloz se aleja.

LIX

Reina silencio grande en aquel llano,
 Do murió la española monarquía,
 Y donde hundido el godo soberano
 En desmayo letárgico yacía.
 El ejército altivo mahometano
 A Híspalis triunfador se dirigía,
 Los restos de la gótica grandeza
 Persiguiendo con hórrida fiereza.

LX

Ya de la oscura noche el carro lento
Se acercaba á los mares de occidente,
Cuando en sí torna y al vital aliento
El infeliz Rodrigo de repente,
Porque oye acaso un dolorido acento
Que conmoviendo el silencioso ambiente,
Cual débil voz de congojosa dama
Entre sollozos le despierta y llama.

LXI

Torna en sí, y recobrando sus sentidos
Ve una hermosa mujer y un noble anciano,
Ambos de blancas túnicas vestidos,
Que lentos cruzan por el aire vano ;
Y sintiendo en el alma hondos latidos,
Reconoce el semblante soberano
De su Florinda en quien delante tiene,
Y que es Ruben el que con ella viene.

LXII

Acia su amor los brazos encamina,
Y estrecha, ay triste ! el vagaroso viento :
Tiende á Ruben la mano, y blanquecina
Niebla encuentra, y no mas su amigo intento ;
Pero una y otra sombra allí vecina
Siempre ve junto á sí, y el sordo acento
Oye con que una y otra sollozando,
Rodrigo ! sin cesar están clamando.

LXIII

Advierte que al un lado se desvían,
Y que le llaman. Síguelas ansioso,
Pues gimiendo parece que porfían
En sacarle del campo desastroso.
Por entre los cadáveres le guían,
Y ya del Guadalete sanguinoso
Con ellas apartado, llega á un monte,
Cuando el alba argentaba el horizonte.

LXIV

La luz disipa el prodigioso encanto :
Queda Rodrigo solo ; y su postrera
Fortuna, envuelta en misterioso manto
El cielo quiso que ignorada fuera. (10)
Quién podrá descubrirla ?.... No osa tanto
Mortal ninguno.... Pero no pudiera,
Amante y rey, en tan horrenda suerte,
Otra encontrar mas grata que la muerte.

FIN DE LA FLORINDA.